

Alejandro Díaz del Pino

“Estampas republicanas”

Salud y III República

“Yo soy partidario de la Noche de Reyes. Tan partidario soy de esa noche, que me resulta inconcebible el siguiente amanecer si no ilumina el semblante de una república”. (Juvenal Soto. Diario Sur. 7 de enero de 2005).

Llegaron las coronas con el mágico imperio,
infame y absolutista,
del despotismo en huelga de cultura.

Con el tiempo, disfraces democráticos
tiñen de voto y pueblo
la herencia de lo impuesto,
el castizo lumbago de las constituciones
inamovibles y únicas.

Yo soy republicano
como el amanecer en el semblante
de una historia, escondida por derrotas
tras el quicio de una deuda desechada.

Yo soy republicano como el día de reyes
en la casa del pobre.
En la sopa del pobre.
En las botas de los hijos de los pobres.

Crónica de un amor republicano

Era el suyo un amor republicano:
sin pereza borbónica,
ni corona de embargo,
ni trono a plazo fijo.

Sólo incógnita y viento.

Era el suyo un amor de repuesto,
por si acaso, el horario se quedaba viudo de labios,
y la tarde se declaraba
en huelga de caricias.

La ciudad, dividida en los rincones
de una palabra ciega,
los miraba con piel adolescente.
Como si nunca antes sus aceras
hubiesen alentado a las quimeras
confusas de quien ama sin coartada
ni instrucción.

Las noches, como un puño libertario,
los esperaba siempre tras el quicio
del silencio.
Siempre al borde de un beso pretencioso.
Y siempre sin querer,
siempre sin darse cuenta,
les despertaba el frío terminal
de otra primavera.

Siempre. Siempre. Siempre...

Era el suyo un amor republicano,
porque no quiso ser imposición ni derrota.
Sólo herencia del rayo.
Como las utopías desbordadas.
Como los versos de la libertad.

Como el incendio breve,
pero definitivo,
de la melancolía.

“Nociones de tristeza”

Neurosis

I

Dejadme ser quien quiera.

Dejadme edificar sobre las ruinas
que arbitran mi existencia.

Dejadme derramar mis actitudes
nocivas sobre el mar de las palabras.

Ya matasteis al niño.
Dejad, al menos, libre a la persona.

II

Porque sobre las capas más profundas
de mis ser, más allá de las ojeras,
el viento, la nostalgia y mi poética,
habita un ente libre y primitivo,
enemigo del tiempo,
que en su caverna espera apaciguado
la llamada prudente
de mi neurosis crónica

para derruir los muros,
pervertir el deseo,
seducir los placeres,
condenar el dictado de las normas...
y romper los esquemas
de la psicología.

Poema de desamor propio

Desafia las aceras, capitán
de los mares oscuros. Dime para
qué quieres la serena dicha, y haz
otra vez de tormenta en el olvido.
Que debute la musa del regreso,
fulanita de tal,
en el navío mártir que cabalga,
a tientas, entre sombras y relámpagos.
No abordes más el barco de la nada.
Iza velas. Maldice anclas.
Vístete de corsario trasnochado.
Aunque un naufragio ahogue tu palabra,
Lázaro bucanero del deseo,
levántate.
Confía.
Vira.
Y anda. Nada.

Una tarde cualquiera de otoño en mi ciudad

27 de octubre de 2003

La muerte habita pulcras sábanas de hospital.
El miedo se contagia por pasajes estrechos.
Agoniza el amor en juzgados, sin derecho
a un rescoldo de súplica en su declaración.
Agotado el deseo en mercados de ocasión;
oscurecen ojeras rasgadas al acecho,
una tarde cualquiera de otoño en mi ciudad.
Y el corazón naufraga, hendido, en esta pecera
añil. La libertad cabalga una avenida
que esconde callejones difusos sin salida.
Quién fuera, en una tumba, contrario a la muerte,
huida en esta ciudad donde el otoño pervierte
corazón, libertad, callejones, tumbas, huidas,
muerte, miedo, deseo, tardes, amor y ojeras.

“Siempre es todavía”

Crónica de una despedida cualquiera

Se fue.

Y no dijo nada.

Las palabras yacían atropelladas
por la solemnidad de aquel tren.

Era tarde: sembraba la nostalgia
con resignación agnóstica.

Se fue.

Porque quiso crecer
de espaldas a dios,
de cara siempre a las estaciones.

Como un amor sin billete de vuelta.
Como aquel tren mudo y solemne.

Crónica urbana

La madrugada pinta las señales de humo
con carmín derramado,
con noches de rodillas recostadas
entre el frío y la lumbre.
El invierno se ha roto en los albores de marzo,
como la muerte tímida y compleja
de una pasión.

Mi corazón está convaleciente, todavía,
de lágrima y pañuelo en los andenes
a los que he arrojado las quimeras,
los zapatos de niebla, la calada
innecesaria al verbo de tus labios,
y una utopía haciendo *auto-stop*.
Perdona el tremendismo reticente del poema
y la telaraña de la que pende el recuerdo,
pero me he quemado sin fuego
y ahora no sé cómo arder.

El asfalto madura, mientras,
huérfano de pisadas que le ordenen
los adoquines yertos.

Los semáforos cambian por oficio
y cada tarde, a eso de las siete,
se encienden las farolas de mi calle,
fruto de la costumbre.

En la ciudad
sólo quedan restos de ciudad:
Sus aceras parecen un país deshabitado
que se sacude las fronteras sucias
de las provincias del olvido.

Nostálgica

Quebrados en el mástil de mi guitarra
descansan los besos insurgentes
que tantos abriles me has negado.

Desde que no estás,
sólo escupo acordes ennegrecidos
por el verbo adusto,
disparo de ausencia de ojos de arcilla,
directo al miedo
que me da un abril de acordes floridos
sin labios que muerdan la primavera.

“Túneles”

CAPÍTULO I

*Donde jamás entra un rayo de dicha
y a solas con la Noche, huraña huésped,
soy igual que un pintor que un Dios burlón
condena, ay, a pintar en las tinieblas.*

Charles Baudelaire, *Les fleurs du mal*

I

Perturbadora noche. La luna difumina el cielo como una luz en medio de la nada. Dibuja el viento suaves caricias en sus senos. La ciudad murió algunas horas atrás. Y ahora, mi pincel narra su silencio.

En el salón, el desorden lo infecta todo: maderas, lápices, barnices... escaparaté de miserias personales. Si se observa detenidamente, como quien lee entre líneas, tras lienzos y barnices, anhelos, desgracias y vaguedades, vanos habitantes del olvido, invocan mi resignación.

Mientras el absurdo avanza lánguido por las avenidas de la oscuridad, el lápiz confiesa al papel las imperfectas curvas de aquella figura. El aliento alquitranado, las goteras del techo, la humedad en mis huesos y el sublime sueño manierista que posa al lado de quien posa para mí: medianoche perfecta.

II

Sólo pinto sombras. Su cuerpo es laberíntico: rostro pálido, ojeras malvas, peluca grasienta que esconde una insolente calvicie, dientes estropeados por sustancias sin piedad, y la edad en cada arruga.

¿Y qué más da? Yo sólo quiero sombras. Sombras suaves, en un principio, pero que, con el paso de la noche, muten rabiosas y alargadas: lloren, griten, amenacen la luz hasta inundar la habitación de humedad y despojos.

Ya me cansé de cuerpos trémulos que tantos lienzos han manchado. La belleza se cansó de habitar expresiones, músculos, grasas y miradas. Y huyó donde sólo yo podría encontrarla: a la esquina de la soledad, paralela del olvido, avenida en penumbras. Al decadente punto donde convergen el ser y la nada: a la nimiedad incierta de las sombras.

III

Una noche, igual que tantas, a carboncilla y sobre el lienzo, daba forma a la sombra que se dilataba en la pared. De repente, noté como un cuchillo helado por la pasión arañaba mis pupilas. Me sentí incómodo como una luna que se esfuma, abrumada, al amanecer. Ella me miraba con sus ojos terribles. Me miraba fijamente.

Quizá no sabía que yo era un despojo de la nocturnidad, no más que carboncilla sobre lienzo; la soledad hecha carne, deseo y locura.

Posaba delante del foco, sudorosa, con aquella impertinente peluca, vacilante y desnuda. Y a mí no me incomodaba sus mirar histérico que parecía un grito suicida en mitad de un túnel.

Me asustaban sus pupilas de alquitrán candente, el desván de sus pestañas, el atardecer postizo de sus párpados... No sé si fue mi locura, pero en sus ojos me pareció ver la belleza; aquélla que creía habitante de las sombras y que solo yo podía educar.

Me temblaba el pulso. Dejé caer la carboncilla. Di un sorbo a la copa. Le pedí que se marchara, que se vistiera y se fuera. No quería verla. Sus ojos desiertos escondían un tesoro al alcance de cualquier corsario trasnochado.

Cerré la puerta mientras ella se perdía a tientas en la inmensidad de la noche. Encendí un cigarrillo. Y observé el lienzo, preocupado: no sabía si aquel desliz de mis manos eran sus ojos o una sombra.

IV

Durante un tiempo vagué meditabundo por las otoñales aceras de mi ciudad. La belleza había vuelto a ganarme la partida con un naipe marcado. Esta vez dudaba de poderla seguir en su huida.

Cuando la vida pierde el sentido y tú, cualquier punto cardinal en el rumbo; cuando el mar de la esperanza se desborda en la puerta de tu casa; en ese preciso instante nihilista, nace el arte. Y nace como un parto difícil y sin anestesia. Como un exorcismo taciturno y, a la vez, necesario.

Mi existencia, defectuosa de fábrica, nunca aspiró a un destino más obscuro y real que la tentadora nada. Quizá por eso me creí artista una tarde adolescente con granos y sombras. Y los granos pasaron, como pasaron los años. Sin embargo, las sombras, oscuros retratos de la cotidianeidad, sostuvieron mi creación como el ritmo a un verso.

Por eso me sentía hastiado y maldito como Baudelaire delirante: me había quedado vacío, sin aspiración vital ni arte. Y todo por culpa de los ojos de una mujer.

Unos ojos que me empujaban a calles cada vez más decadentes y a cárceles de humo y alcohol. A discos de Dylan, películas de cine negro y resacas sin caducidad.

CAPÍTULO II

*Quise cerrar los ojos,
Buscar la vasta sombra,
La tiniebla primaria que su venero esconde bajo el mundo
Lavando de vergüenzas la memoria.*

Luis Cernuda, *La Realidad y el Deseo*

Se me fue la mano. Aquella mezcla de whisky y barbitúricos que me invitó al sueño anoche me ha dejado la cara y el alma de cartón. No sé qué hora será. La persiana aún corrige las luces del día. O de la tarde quizás. Aunque mi delgadez llega a ser extrema, me pesa el cuerpo. Siento anestesiado el pulso de mi esperanza.

Después de un tiempo en la cama, logré deshacerme de la pereza que me arrastraba al regazo de la oscuridad artificial y revisé los últimos trazos. Los había malogrado: el cuadro era un basurero de despropósitos trazados sobre la mezquindad de un lienzo que parecía burlarse en mi cara de cuanto pretendo.

Pero no voy a negarle los motivos. Las sombrías nebulosas difuminadas sobre el blanco eran un corte de mangas al arte, con descaro... repulsiva consecuencia del inconsciente que aflora cuando tortuosas mezclas te llevan a perder el control de tus acciones. El ególatra ése que se considera poeta y pintor y músico por el hecho de sentir como los animales: instintivo, primario, convulso. El mismo que una noche cualquiera de un invierno terminal te invita a visitar los albores de la nada, mientras toma tu posición delante del lienzo para confundir la creación y hacer del ridículo una norma de conducta, y todo en tu nombre, porque tu firma está allí: en la base derecha del monótono y martirizado cuadro de la vida.

He de acabar con esto. He de encontrarla a ella y aclarar dónde está la maldita belleza. A estas alturas no me importa que haya regresado a los cuerpos. La incertidumbre es una asesina para impacientes como yo. Estoy dispuesto a aceptar éste como otro agravio más de la vida.

II

Decidí ir en busca de Violeta, la prostituta que contraté para que me prestase su sombra durante unas horas y que, sin querer -quién sabe-, en apenas unos segundos había logrado perturbar mi castigada cordura con el soplo de vida y muerte que vertieron sus ojos como un guiño involuntario y a la vez, homicida.

Anhelaba hallarla y reunir el suficiente valor de contemplar sus ojos, permanecer quedo y resignado durante un tiempo para confirmar aquello que tanto temía y que tan poco alimentaba mis quimeras.

Me dirigí al bar de Norberto. Mientras las farolas se iban encendiendo, comprobé cómo sonaba en la calle una canción con tacto áspero de blues y nombre de soledad.

Esta gran ciudad tiene mucho de desierto. Excéntricos, curas, comerciales, travestis, bohemios, empresarios... Qué más da. Todos pasamos como espejismos ignorantes. Compartimos los bostezos del alba o las ojeras de la madrugada, el compromiso de la palabra muda o el gesto fortuito de la educación obligada. Compartimos, sin compartir, el supuesto de las desgracias y los miedos. Compartimos, como mucho, un par de segundos al día de cariño y comprensión. Quizás, más que espejismos, seamos granos de arena seca que dirige el viento débil y sofocante por las abismales dunas de aceras tentaculares que nadie sabe muy bien dónde desembocan. Ni quién las transita.

Como el obrero que despierta en su parada de metro tras un sueño fortuito, me hallé frente a la puerta del bar. Allí la conocí. Apoyada en la sucia barra, envenenada de fracaso y deseo. Próxima estación: sus ojos.

III

Se marchó. Al menos, eso es lo que musitó mi amigo aquella noche cuando, tras mucho buscar entre la multitud efervescente de embriaguez, no encontré a Violeta. Ni nadie era capaz de darme la más ínfima noticia de ella.

Me acerqué a la barra. Pedí a la camarera un cubata de ron. Esperé sentado a que Violeta apareciese: ella no llegó. No sé cuánto tiempo pude permanecer al amparo de la soledad ni cuántas veces aquella camarera rellenó mi copa durante la espera. Pero debieron ser muchas, porque cuando mi amigo Norberto hizo acto de presencia en el bar que detentaba, ya me sentía ebrio, casi anestesiado. A penas, capaz de mantener una conversación incoherente y difusa.

Norberto era un tipo tranquilo y tímido. Escritor frustrado y amante de los dardos y la madrugada. Desde hacía tiempo llevaba las riendas del Nocturno, un bar de copas frecuentado por la heterogénea jauría de la noche. Nos conocíamos desde los tiempos de la universidad, cuando él jugaba a ser Carpentier y yo me ganaba algo de dinero vendiendo retratos por unas pocas pesetas. Sólo él desde el principio se deleitaba con mi obra. Y sólo él valoró esta última etapa en la que mis cuadros eran el reflejo de la inminente mutación que había sufrido la belleza. Pues era consciente Norberto de que yo era el único pintor capaz de representarla en estos tiempos de cuerpos endémicos y paisajes deshechos, de composiciones de insultante abstracción y diligencias mercantiles.

Me resultó difícil explicarle lo que había pasado. Las palabras de trapo salían por mi boca sin el reparo de la meditación previa y los miedos éticos. Sin embargo, Norberto llegó a entenderme, como siempre. Su abrazo me tranquilizó en los momentos en los que la ansiedad y la tristeza desbordaban el río de la cordura, en parte, por culpa de la tormenta de alcohol. Me animó a seguir con mi obra en este periodo de duda. Incluso me tentó a aprovecharla para alentar mi creación. Y de repente yo estaba animado y dispuesto a seguir sus consejos. Necesitaba olvidar todo cuanto había sucedido, incluso, la idea de acudir en busca de Violeta. *Porque recuerda: ella se marchó, se marchó, se marchó...*

IV

Sucede que la noche es una utopía, una mentira, una broma de mal gusto. Sucede que la noche es el tiempo de soñar sin dormir, la tierra fértil donde se cultivan los anhelos, el jardín donde el dolor se acomoda hasta resultar agradable...

Sucedía que aquella mañana de resaca todos los propósitos que había edificado sobre los cimientos etílicos de la noche pasada se habían derruido: ahora eran una reunión de dolorosos escombros en mi cabeza.

Me sentía tan bloqueado que ni siquiera me molesté en manchar algún papel suelto en busca de ideas vanas. Me limité a servirme una copa, aliñada con pastillas y humo de tabaco y hachís.

Así pasaron los días yermos. Los días de la desesperación y el agobio. El tiempo de la soledad por costumbre. Estaba condenado a un exilio de alcohol y humo. Y los mundos que frecuenté fueron cada vez más lejanos.

Negro. Me basta ese color para desdibujar mi memoria. Me basta para ilustrar el tiempo que me invade, un barniz oscuro y difuso. Los túneles de la ciudad de los locos no tienen más salida que la de emergencia. Pero el problema es que esa salida es la entrada a otro túnel. Y así sucesivamente hasta que la humedad sombría te inunda por dentro. Entonces empiezas a mutar, a ser residuo, a ser humedad sombría, a ser otro túnel por el que algún día un transeúnte como tú pasará buscando la salida de otro túnel.

Desconozco hasta dónde llegué sin moverme de mi casa, pero debió ser demasiado lejos. Porque desperté tarde y confuso en una camilla de hospital, rodeado de máquinas e interrogantes, que tenían el ruido de una exclamación rotunda. Y a mí me molestaba su estridencia.

CAPÍTULO III

*De Satán o Dios, ¿qué importa? Ángel, Sirena,
¿qué importa, si tú –hada de ojos de terciopelo-
vuelves –ritmo, perfume, luz, ¡oh mi única reina!-
menos horrible el mundo, los instantes más leves?*

Charles Baudelaire, *Les fleurs du mal*

I

Me había salvado la vida. Preocupado por el retraso decidió pasar por mi casa. Norberto tenía una copia de la llave. Durante mucho tiempo compartimos piso y nunca dejé que me la devolviese. Hice bien, porque si no llega a encontrarme inconsciente en el salón, con el pulso desafinado y las ojeras tatuadas, yo nunca habría despertado del sueño profundo donde flirteaba con la eternidad.

Días más tarde, mientras tomábamos café, Norberto me recordó que le debía una. Simulaba querer pasarme la factura. Me pidió que le obedeciese por una vez en la vida. Seguidamente, sacó de su bolsillo un billete de tren con destino al extranjero. Estaba convencido de que mi única salida era coger ese tren y huir de la rutina que me estaba matando.

Sin embargo, yo dudaba. Nunca fui un cobarde. Además, había vuelto con la idea de encontrar a Violeta y me constaba que la única opción era esperar un supuesto regreso de la prostituta a la barra del Nocturno.

He de mirar sus ojos. Debo saber dónde reside la belleza para seguir creando. Pero mi deuda con Norberto me compromete a huir, aunque me consta que él no pretende cobrarse nada. Más bien, está intentando acabar de salvarme la vida. Culminar definitivamente el trabajo que comenzó al llamar aquella ambulancia. Quizás escapar sea la mejor solución: morir como artista y vivir como persona.

Tomé el billete con expectación. Incluso, puede que en algunos momentos llegase a estar ilusionado: mi presente lucía unos desconocidos matices de futuro.

II

Ahora que me dispongo a abandonar el desorden que durante tanto tiempo ha vestido el tacto suave y cálido de un hogar, me pregunto qué será de este cuartucho sin mí. Ahora que no sé si algún día volveré a pisar el suelo mugriento, ahora que contemplo esta estampa con la violencia de una despedida a mano armada...; me invade una sensación de morboso placer cercana a la inseguridad y la expectación. Me cuesta cerrar la puerta y bajar las escaleras, quizás, porque aún lucho contra la tentación de acomodarme en mi sofá y negarme a emprender la huida.

Esta vez no caí en la tentación. Simulé ser un individuo estable y valiente que acababa de ordenarse con la firmeza de un dictador. Sin embargo, el medicamento de autoengaño no consiguió un efecto prolongado. Probablemente, porque yo tenía poco de dictador: nunca había entendido cómo podían existir en el mundo personas que se permitían el dudoso privilegio de no dudar, de creer a pies juntillas las palabras necias y decidir con el impreciso argumento del instinto moral.

Intenté prolongar el trayecto hasta la estación parando en algún bar, paseando lentamente por calles que no conducían directamente a mi destino. La confusión se había hecho fuerte en mis cimientos.

Y cuando llegué, me abrumó la cantidad de gente que iba y venía con prisas e histerias de lunes.

III

Se acercaba el momento de subir al tren. Éste permanecía quieto desde hacía algunos minutos mientras se iba llenando, poco a poco, de rostros anónimos que se observaban con la indiferencia de un ciego moribundo.

Apuré en la cafetería de la estación el mayor tiempo posible. Cuando me disponía a pedir otro café, sonó por megafonía el último aviso para los pasajeros que tomaríamos el mismo tren. Decliné saborear la amargura de otro solo.

Camino del servicio tropecé con alguien. Se le habían caído sus gafas. Nos agachamos ambos a cogerlas torpemente. No sé que macabra conjunción del destino propició que, de pronto, me encontrara cara a cara con la mujer que tanto tiempo llevaba buscando. Era Violeta. Y durante un segundo eterno enloquecí perdido en la profundidad selvática de sus ojos.

Exploré cada rincón de sus amazónicas órbitas de tristeza. Fui el aventurero que nunca quise por un segundo extraño y complicado que pudor valer una vida. En un segundo infernal, recorrí todos los kilómetros cuadrados de amargura que conformaban sus ojos. Y allí la belleza no estaba. No había pruebas de que hubiese habitado alguna vez aquel palacio verdoso. Tan sólo indicios de duda, confusión y locura.

Enajenado, empecé a correr por la estación. Por todos lados advertía sombras que gritaban, hombres y mujeres que me miraban con violencia. La megafonía me presionaba y ordenaba como la estridente voz de la moralidad. Yo era miedo, soledad, instinto y desesperación. Fui a los servicios. En mis bolsillos alojaba una cajita con las suficientes pastillas como para emprender una huida bien diferente a la que había propuesto mi amigo.

La vida, de por sí, es un suicidio. No tiene salidas. Te lleva, te arrastra, te puede... Marca las directrices, allana los caminos, te invita a seguir una carta magna de obligado cumplimiento. Se inventa una realidad que acabas creyendo tuya, pero no... Es sólo una anestesia, una alucinación para que no salgas de un sistema que necesita de tu mediocridad para seguir existiendo. Y tragarme estas pastillas consistiría, simplemente, en asumir la oscuridad del túnel de mi realidad ficticia.

IV

Aquel día entendí que el suicidio puede ser una opción errónea, pero nunca de cobardes. Porque no acepté seguir con mi despreciable vida con la pose de un héroe. Tiré las pastillas por el retrete porque yo no tenía el suficiente valor para asesinarme. Un solo gramo de valentía me hubiese servido para morir bombardeado por alienadores barbitúricos.

Subí al tren empujado por el pedazo de cordura que se parecía al consejo de un amigo. El dolor de cabeza era insoportable. Todos me miraban, me miraban con cara de odio... Por momentos creí que aquello era una conspiración de psicópatas que deseaban acabar con mi existencia... pero de qué macabra manera: murmuraban a mi paso, establecían un desconocido código de signos terroríficos y me asediaban con precisos empujones.

Me refugié en mi asiento como si se tratase de una trinchera. Pero los pasajeros continuaban con sus ametralladoras miradas. Así pasé unos minutos que venían a confirmar la relatividad del tiempo, pues bien se podrían asemejar a siglos y siglos de angustia.

Cuando el tren arrancó, comencé a experimentar una extraña metamorfosis interior que lentamente me transportó a la más absoluta calma.

No lo puedo creer. Desde esta relativa lejanía, se percibe la ciudad como una ínfima maqueta. Los edificios son minúsculos y ridículos. Ahora mismo, la inestable geografía urbana que me condenó a la locura la podría mantener firme sobre la palma de mi mano. Y se aleja más y más y más hasta llegar a ser una miniatura, un borrón en el cuadro de las despedidas. El sol baña de cobre una estampa en la que bien podría afirmar que reside La Belleza. Los rostros anónimos de este símbolo mitológico de la huida ya no conspiran, sino que comparten conmigo la inesperada certeza de que La Belleza no es un ideal cautivo que cumple condena en el centro penitenciario de Los Elegidos, sino un estado de ánimo, próximo a la felicidad, que cada cual experimenta sin más argumento que una extraña movilización de lo sentidos más mundanos, de los sentimientos más nobles y olvidados.

Con la pureza de un niño que aprende a decir sus primeras palabras, me decidí a afrontar esta nueva etapa de mi vida convencido de que, desde aquel momento, tras los túneles me esperaban paisajes inmensos de insinuante libertad donde reside la esperanzadora ilusión de lo desconocido: esos paisajes desiertos que están reservados a los que saben ser políticamente incorrectos con la rutina y las directrices establecidas, a los que abandonan la autopista de lo cotidiano para adentrarse por una carretera secundaria sin camino de vuelta... A los cobardes que un día, sin un convencimiento preciso en nuestras posibilidades, decidimos ser valientes.